



EL HOMBRE

"Jamás hombre más nacido para el placar fue al dolor más derecho. Jamás ninguno ha caído con facha de vencedor tan deshecho".

Manuel Machado

Lo conocí en París, una noche del fatídico año 1938. La sombra del nazismo comenzaba a extenderse por Europa. En el frente del Ebro, España agonizaba de pie sobre su alma. Paroxístico, febril, mirado por la muerte, Vallejo escribía su último poema.

Sérvulo entró en el Barrio Latino como un potrillo salvaje en un refinado invernadero. Tenía 24 años, acababa de disputar un Campeonato Sudamericano de Boxeo Amateur, y quería pasar de la plástica destructiva a la plástica constructiva. Esperaba convertirse en el primer pugilista de la historia del arte, gracias a su experiencia de artesano restaurador y, sobre todo, en virtud de su innata capacidad creadora, demostrada ya con la invención de una anacrónica cerámica precolombina, cuyas mejores piezas ocupaban lugares de honor en numerosas colecciones estadounidenses y alemanas.

Inocente, alegre, vital, enciclopedicamente ignorante, producía la impresión de una fuerza de la naturaleza encerrada en un menudito y eléctrico cuerpo de hombre. Muy poco quiso saber de galerías o mu-

seos, y nada, absolutamente nada, de escuelas o academias. Ingenua, casi deportivamente se dejó ganar por la bohemia.

Entre gallos y medianoche, entre fraternas pelotas y parrandas, modeló estatuillas y pintó pequeños cuadros. En éstos y aquellas, la misma alucinante figura parecía surgir del fondo del sueño y los milenios: una hembra maternal y terrible, sobre la que pesaba algo así como una indescifrable fatalidad, una maldición ya olvidada y sin embargo irremisible.

La segunda guerra mundial lo trae a Lima. En diversas exposiciones, presenta dramáticos retratos y naturalezas muertas. Su composición es, entonces, sólida; y su gama, sorda y angustiosa. "Men che notte e men che giorno". En 1943 logra expresar con excepcional intensidad —en la trágica y simbólica tela que llamó "Los Andes"— la subconsciente obsesión que inspiró sus primeras obras. Dos años después, durante una breve visita a Buenos Aires, cultiva un estilo riguroso y exacto, cuyo mejor fruto es un acerado, filudo autorretrato.

A partir de 1946 su paleta se transforma. Cual incendiado oleaje, los elementales colores de la selva y de la sangre invaden su pintura. El mismo lo declara en un poema: "Yo apenas era un verde sobre el césped, sobre el césped rojo y duro".

En 1949 exhibe —en la Galería de Lima— su magistral "Mujer con

una flor", sin duda el más patético retrato ejecutado en el Perú.

Con el tiempo su cromática violencia se acentúa, se vuelve delirio y furor puros. La transida mirada del Cristo de los ultrajes se refleja en las imágenes que, más que pintar, parece herir, tallar en carne viva. Una explosiva voragine de fin del mundo o parto cósmico transfigura sus paisajes en fulgurante caos donde el cielo y tierra se confunden.

El 21 de julio de 1961 terminó la aventura del artista y del hombre. Una agorera, siniestra naturaleza muerta de 1942 prefigura su agonía —su humana pasión— en el transcurso de los últimos diez años. Lo que significó el lento suicidio de Sérvulo, ha sido dicho por Teodoro Núñez Ureta en un conmovedor y lúcido discurso. ¿Para qué repetir lo que lastima el alma?

LA OBRA

"Lleva quien deja y vive el que ha vivido"

Antonio Machado

Nunca creyó Sérvulo en el batiniano dogma del "arte por el arte", ni aspiró jamás a eso que, con sintomática ambigüedad, llamamos "estar al día". Sólo por azar coincidió en ciertos aspectos con el actual "manchismo". No buscaba inspiración en las revistas especializadas, sino en la vida misma; en la vida de los seres, del horizonte y de la tierra. Puesto que no era modista, no pueden seguirse en su obra las diversas y a menudo contradictorias fluctuaciones de la moda. No le sedujo el victo exquívito y sutil de la parodia, ni supo cambiar de alma como las damas elegantes cambian de vestido o de peinado. Su creación fue intuitiva; y su gusto, desigual. "El Pegaso de saltos", recordo una vez Rubén Darío. Su peligrosa facilidad le armó muchas cecidias. Y puesto que la falta de cultura, paciencia y auto-crítica le impidió desarrollar todas las extraordinarias posibilidades de su talento. Pero lo indiscutible, lo único indiscutible, es que, si sus errores son suyos, también lo son sus aciertos.

Escribí en 1949 —y lo repito ahora— que Sérvulo significa, para nuestra pintura contemporánea, el descubrimiento del instinto. Desde los alfareros de Nazca y los tejedores de Paracas, ningún peruano nació dotado de tan espontáneo e imperioso don estético. En sus

horas supremas, parecía ser solamente el sonámbulo instrumento de una potencia inmemorial y telúrica que, guiándole las manos, trataba confusamente de expresarse. Su originalidad era profunda porque estaba enraizada en los orígenes.

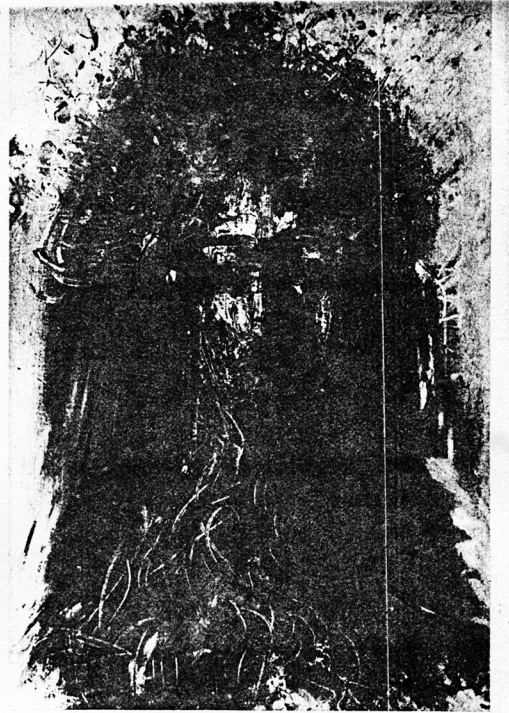
Para él, la creación no fue "cosa mental". Fue "cosa vital". Detrás de sus cuadros no hay un artista, un artesano o un artifice. Hay un hombre. Un hombre que goza, sufre y agoniza en el sentido unánime de la palabra. Y hay también —no una concepción propia o ajena de la pintura— sino una concepción del mundo.

He hablado de concepción del mundo. La de Sérvulo era inconsciente en la acepción freudiana del vocablo. Su obra no es, a mi juicio, sino una visual sinfonía del remordimiento, en el cual los temas del incesto primitivo y la primera maldición se entrelazan con la imprecisa nostalgia de un edén perdido para siempre. O, más exactamente, la irracional ilustración de una ciega, pavorosa mitología, en cuyo centro se halla la mujer —la madre amada y abortecida, víctima y culpable— condenada a la infinita y esteril expiación de un obscuro delito sin redención posible.

He dicho —creo— cuanto tenía que decir. Y sin embargo. Sin embargo desearía evocar su rostro de dulce condotiero, su cicatriz querida, sus danzantes faldas bajo la chaveta azul de las estrellas, su modo de ponerse triste frente al alcohol del alba, su alegre manera de jugar con la pelota del sol, alta y dorada. Quisiera recordar sus felices primaveras y sus desamparadas noches, imaginar por un instante que aún sigue entre nosotros. Pero el recuerdo no es presencia. Y no basta hablar de la vida de un hombre para olvidar su muerte. No. No puedo expresar aquello que de las palabras huye como la sangre de la herida. Lo que ayer era voz, ahora es silencio. Los ojos que fueron luz y que la luz amaba, las manos que tantos ruidos hicieron en furiosa música de colores apesaron, son hoy polvo y gusanos. El incurable niño que necesitó de la amistad más que del pan de cada día, ahora está solo. Definitivamente solo. Cuando fue amor y dolor, esperanza y desesperación, llanto o sonrisa, se ha transformado en obra. Únicamente lo que Sérvulo pintó es ahora Sérvulo. "Tel qu'en Lui-meme enfin l'éternité le change".

SÉRVULO

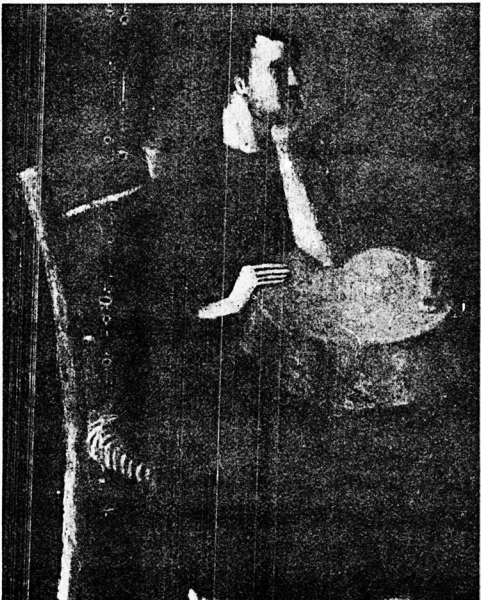
Por JUAN RIOS



SU TEMA ÚLTIMO: EL CRISTO DE LUREN.



DE SU ÉPOCA DE LOS RETRATOS.



HERMOSO CUADRO DE LA PRIMERA ÉPOCA DE SÉRVULO.



MURAL EN ICA, SU TIERRA.



OTRO MURAL IQUEÑO.

Próximamente aparecerá en nuestra revista un amplio homenaje a Sérvulo